



Sepultados con Cristo

Esta columna es una reflexión de la Instrucción del Vaticano 2016 “sobre el entierro de los difuntos y la conservación de las cenizas en el caso de la cremación”.

Los primeros días de Noviembre lo marcan como el Mes de los Difuntos. A medida que la riqueza de los colores del otoño cede a la desolación del invierno, las fiestas de Todos los Santos y de Los Fieles Difuntos señalan un cambio en las estaciones espirituales y plantean una nueva pregunta en el año que se envejece. Cuando el sol brilla y hay mucho que hacer, me encuentro preguntándome, “¿Quién estoy haciendome entre los *vivos*?” Pero la luz que se desvanece y los días más cortos del otoño me hacen pensar en otro tipo de pregunta: “¿Quién me estoy haciendome entre los *muertos*?”

Durante todo el mes de Noviembre nos detenemos frente a las tumbas de santos y pecadores que han ido hacia donde seguiremos. En su número, nuestras almas serán admitidas en la hora que demos nuestro último respiro. Dentro de su compañía los restos mortales de nuestro cuerpo serán colocados reverentemente en el día de nuestro entierro.

Me imagino ser sepultado en un día de primavera bajo el cielo azul y hojas verdes y frescas. Porque fue en la primavera del año que nuestro Redentor “padeció y fue sepultado”. Fue en la primavera del año que Él salió de la tumba, iluminando con esperanza las tumbas de todos los que están “sepultados con Él en el bautismo”. Porque nosotros que construyemos nuestras vidas en

Su promesa de Resurrección, incluso si nuestro funeral cayera en Noviembre, iremos a la tierra espiritualmente en la primavera. Porque el Mes de los Muertos nos hace retroceder indefectiblemente a la época en que el Hijo de Dios hizo nuevas todas las cosas, a la vez que nos hace mirar hacia el Último Día, cuando, en las palabras de la Instrucción del Vaticano, “Dios dará vida incorruptible a nuestro cuerpo, transformado por la reunión con nuestra alma”.

De acuerdo con una tradición antigua, por lo tanto, “la Iglesia recomienda insistentemente que los cuerpos de los difuntos sean enterrados en cementerios”. Porque “el entierro es sobre todo la forma más adecuada de expresar fe y esperanza en la resurrección del cuerpo”. En su liturgia funeraria, la Iglesia “compromete con la tierra . . . la semilla del cuerpo que se levantará en gloria”.

Así, el rito funeral de la Iglesia manifiesta públicamente nuestra fe en la resurrección del cuerpo de los difunto y nuestro gran respeto por la dignidad dada por Dios al cuerpo humano de ser enterrado—una parte integral de la plena identidad humana de la persona. El entierro Cristiano apropiado mantiene la relación entre los vivos y los muertos al alentar el recuerdo reverente de los fieles difuntos, que de este modo se considera que “siguen siendo parte de la Iglesia”.

Todo esto aplica a la práctica de la cremación también. Aunque la Iglesia prefiere la práctica de enterrar los cuerpos de los difuntos, la cremación no tiene efecto en el alma; no niega la inmortalidad del alma ni la resurrección del cuerpo. Por lo tanto, es aceptable para la Iglesia si se hace de una manera que exprese un respeto apropiado por los restos incinerados.

Primeramente, “las cenizas de los fieles deben ser depositadas en un . . . cementerio” o en áreas comparables reservadas y dedicadas para entierro. Esto “impide que los fieles difuntos sean olvidados, o que se muestre a sus restos una falta de respeto . . . una vez que la generación inmediatamente posterior . . . haya fallecido”.

Por estas mismas razones, salvo circunstancias excepcionales, “no se permite la conservación de las cenizas de los difuntos en una residencia doméstica”. Los restos cremados “no se pueden dividir entre varios miembros de la familia” ni “se pueden conservar en recuerdos, piezas de joyería u otros objetos” ni se pueden dispersar en el aire, el mar, o la tierra.

Estas normas están enraizadas en la muerte y el entierro de nuestro Salvador. Los Evangelios dejan claro que los discípulos de Jesús tuvieron mucho cuidado al depositar su cuerpo en la tumba con reverencia y rectitud. No debemos hacer menos por aquellos a quienes Él amó hasta el final.